

ideológica de las grandes potencias que se consolidarían en el siglo xx con sus pretensiones de polaridad política universal.



En sus conclusiones señala que la independencia buscada a partir de 1810 se perdió por “la fuerza multifacética del capital”, con inversión directa, endeudamientos internacionales condicionados, la injerencia de organismos internacionales, etc. Para el caso colombiano, su conclusión es muy precisa: “En cien años Colombia no ha dado una sola señal de reconquistar su independencia, lograda en las gloriosas jornadas de la gesta independentista iniciada en 1810 y perdida en un proceso lento pero inexorable después del robo de Panamá por Estados Unidos” (pág. 239).

Por último, la síntesis en que sustenta la conclusión acabada de citar, no es más que una muestra de cómo la independencia nacional se pierde por la exclusión social en que se ha mantenido a los sectores populares, los únicos que con sus luchas han reivindicado una independencia que le permite al autor mostrarlos como los verdaderos herederos de “Torres, Carbonel, Vargas, Caldas, Policarpa, Nariño, Córdoba, Bolívar, Santander y tantos otros renombrados y silenciosos para la historia” (pág. 244).

1810. *Antecedentes, desarrollo y consecuencias*, es sin duda un libro de obligada consulta para quienes desean conocer el proceso de independencia colombiana y los contextos universales en que dicha independencia se realizó. Es una síntesis

muy útil para los profesores y estudiantes de primaria y bachillerato, y para profesores y estudiantes universitarios a quienes se les dificulta la visión de conjunto de los hechos fundantes de la independencia y nacionalidad colombiana. Es un libro bien logrado, bien sustentado, que será muy útil para todos aquellos que quieren conocer la historia de nuestra independencia. Hay que felicitar a los autores y a la editorial por este esfuerzo de dar a conocer a públicos no académicos hechos que sólo han circulado entre especialistas.

ALONSO VALENCIA LLANO  
Profesor,  
Universidad del Valle  
alvalenc@hotmail.com  
<http://www.valenciallano.com>

## ¿Hemos leído a Mito?

En su primer número —abril, mayo de 1955— Mito se presentaba como una revista de poesía. Tres futuros premios Nobel, Saint-John Perse (1960), Vicente Aleixandre (1977) y Octavio Paz (1990) aparecen allí, con textos inéditos o traducciones, en el caso de Perse, debidas a otro poeta: Fernando Arbeláez.

Dos de los poetas se referían al amor y al deseo:

*Yo no he sabido lo que era el  
[amor hasta que llegaste.*

escribe Aleixandre.

Y Octavio Paz recalca:

*No hay nada sino dos seres  
[desnudos y abrazados  
Un surtidor en el centro de la  
[pieza  
Manantiales que duermen con  
[los ojos abiertos.*

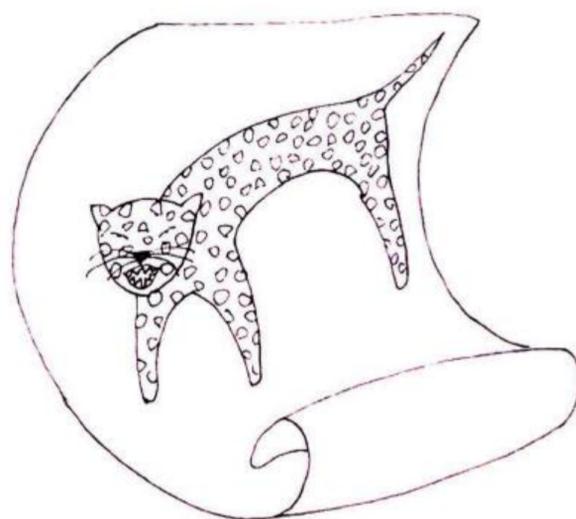
El cuarto premio Nobel debería esperar a los núms. 4, de 1955, 19 de 1958 y 31 y 32 de 1960 donde aparecieron *Monólogo de Isabel viendo*

*llover en Macondo, El coronel no tiene quien le escriba y En este pueblo no hay ladrones*, respectivamente.

El director-fundador de Mito era Jorge Gaitán Durán, devoto lector de Octavio Paz, reseñista de su libro de reflexión sobre la poesía: *El arco y la lira* (1956) y a quien, al dedicarle su pequeño libro sobre el marqués de Sade lo pondrá como incitador y referencia de su tarea: un poeta que escribe poesía, reflexiona sobre ella, y participa activamente en la vida del mundo, desde su posición de intelectual libre, ajenos ambos a dogmas y partidos.

Esa música de la poesía, en la que se conjugan deseo, amor y texto, llegará en el núm. 2 a España, donde Gerardo Diego, en tres sonetos, pedirá:

*Bésame con tu dulce beso  
[oriundo  
del paraíso en que jamás creíste,  
tu amargo beso o pulpa que  
[ofreciste  
a este pozo de sed en que me  
[hundo.*

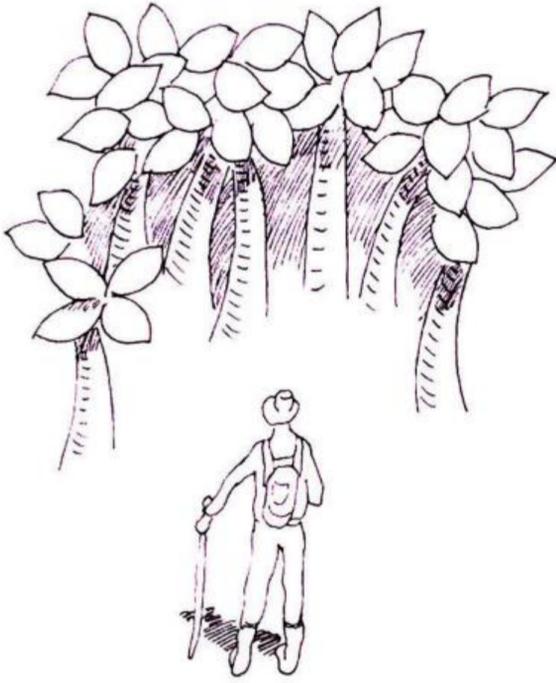


Más tarde, en el núm. 3 —agosto, septiembre de 1955— Hernando Valencia Goelkel, el crítico nacido en Bucaramanga y cofundador de Mito con Gaitán Durán, traducirá un canto de William Blake de *El libro de Thel*:

*Por qué el tenue velo de carne en  
[nuestro lecho de deseo.*

En el mismo número Eduardo Cote Lamus, en *Algo pasa bajo la lluvia*, nos advierte sobre

*Un amor denso que impulsa a  
[los amantes a beber  
sus propios cuerpos.*



En su núm. 5, al terminar 1955 y comenzar 1956, Juan Liscano, el poeta venezolano, quien sería corresponsal de Mito desde París, al traducir artículos y comentar obras de teatro como la versión de Jean Louis Barrault de la *Orestiada* de Esquilo inspirada curiosamente en la macumba y el candomblé brasileño, nos da, con *Rito de sombra*, una muestra de su trabajo poético: En el núm. 12 escribe:

*En la noche primaria, cuando tú  
[me recibes,  
soy el grito de espuma, soy tan  
[solo una ola  
que de muy lejos viene,  
[recorriendo su vida,  
a romperse en la arena de tu  
[cuerpo desnudo.*

Mito se iniciaba al nombrar el cuerpo y exaltarlo sacándolo a la luz. Creaba, así, una antología de la lengua erótica, del cuerpo suprimido y borrado o camuflado bajo los disfraces del pudor y el decoro, como lo experimentaremos luego en el diario de Jorge Gaitán Durán y en sus poemas, aparecidos ambos en la revista, como en su célebre secuencia *Amantes*, publicada en los núms. 22-23 de Mito, noviembre 1958, febrero 1959.

*Dos cuerpos que se juntan  
[desnudos  
solos en la ciudad donde  
[habitan los astros  
inventan sin reposo el deseo.*

Si la vanguardia en la poesía latinoamericana ya se veía entonces como “una previa gimnasia hacia la libertad”, como precisó José Olivio Jiménez, la poesía de las décadas 1940-1950 se fijaba en “las inquietudes de carácter existencial entrañable”, ligadas a “los grandes temas del existencialismo contemporáneo”. Se dejaba atrás la ruptura de las metáforas arbitrarias, tan fecunda en figuras como Vicente Huidobro y Oliverio Girondo, dos paradigmas de la vanguardia, y se buscaba un retorno a un cierto rigor compositivo y a afianzar los pies en una realidad convulsa pero que se consideraba, ya, un paso adelante en la expresión del ser humano, de sus secretas pulsiones. Lo razonó así uno de sus abanderados, Pablo Neruda, cuando dijo: “Hablo de cosas que existen. Dios me libre de inventar cosas cuando estoy cantando”. Pero también los sueños, visiones, alucinaciones y pesadillas existen.

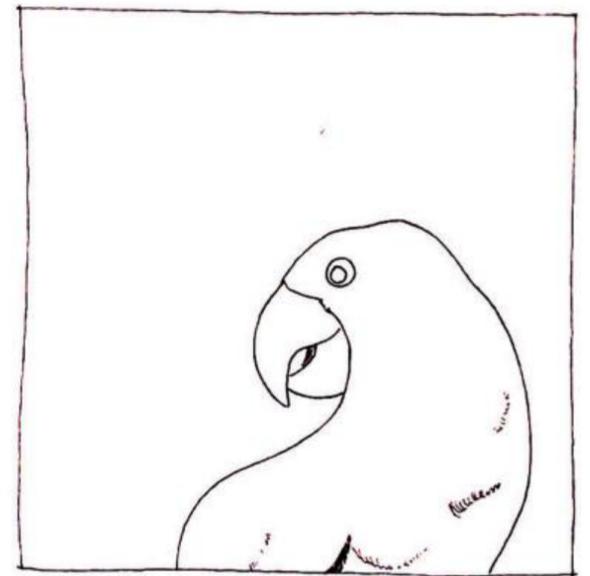
Por ello debemos matizar esta veta expresiva con la vertiente de exploración psíquica del surrealismo y su exaltación del lado oscuro de la mente, cartografiado por Sigmund Freud y los poetas malditos, al cual se sumaría Antonin Artaud presentado por un miembro ilustre del “Comité patrocinador” de Mito desde su primer número, el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, quien como diplomático había residido en Colombia en el aciago año de 1948. En el número 9, agosto-septiembre de 1956, mantiene vivas las palabras de Artaud cuando viajó a México en pos del peyote y los indígenas tarahumaras:

*Participé en el movimiento surrealista de 1924 a 1926, y lo acompañé en su violencia. Mucho más que un movimiento literario, fue una revuelta moral, el grito orgánico del hombre, las precipitacio-*

*nes tumultuosas del ser contra la coerción.*

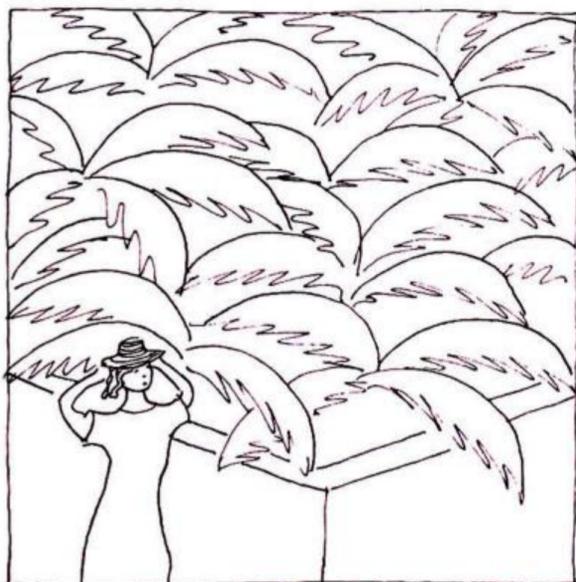
*¿Se burla Artaud de la revolución? se me preguntó. Me burlo de la vuestra, no de la mía, respondí al dejar el surrealismo, puesto que el surrealismo habíase convertido en partido.*

El partido surrealista, el partido comunista, al cual intentó sumarse sin éxito el surrealismo al servicio de la revolución. En todo caso, en Mito predominaba la tendencia existencialista —Heidegger y Sartre, Simone de Beauvoir y Merleau-Ponty— cuyos cursos había seguido Gaitán Durán en París. Las menudas, o decisivas, según se mire, polémicas parisinas que enfrentaron a Sartre con Camus, al comprometido con el justo. El callar ante los crímenes de Stalin y el gulag con la justificación de un socialismo en marcha, o el intentar decir la verdad, aunque ella nos desgarré, como fue el caso de Albert Camus con el drama de la colonización francesa en su tierra de origen, Argelia, y el proceso de descolonización, que ya se presagiaba irreversible. África, el Tercer Mundo y más tarde Cuba, como lo vivió Mito.



Pero en sus comienzos el interés provinciano por la metrópoli proverbial de las letras, hasta entonces, París, incluía el fenómeno juvenil de Françoise Sagan: dieciocho años, 200.000 ejemplares, *Bonjour Tristesse*. Y la fijación de Gaitán Durán con el marqués de

Sade. Ese ser equívoco, que había redescubierto un poeta, Apollinaire, exaltado otro, André Breton, quien le dedico un poema y del cual incluiría textos suyos en su *Antología del humor negro*. Que estudiaría Camus en *El hombre rebelde* y al cual Simone de Beauvoir había dedicado un panfleto: *¿Hay que quemar a Sade?* Pero en la clerical y conservadora Colombia de entonces todos ellos eran bandera y proclama. Armas para combatir el aislamiento y reivindicar la libertad expresiva. Solo que la aburrida, prolija y a la larga congelada escritura del marqués sadomasoquista terminaría por no escandalizar a nadie. Pero Mito en este, como en muchos otros casos, fue pionera indudable.



Al redondear el tema de la poesía y el deseo en los 42 números de Mito dos poetas colombianos, publicados con asiduidad en sus páginas, nos desconciertan: León de Greiff y Álvaro Mutis. Nos hablan desde otro territorio: el pasado y la muerte.

Una sonatina medieval del primero, con su vocablo añejo y su arcaica musicalidad de ofires y aljófár desemboca también en el canto exaltado del cuerpo y el deseo, siempre dentro de la estructura clásica (y burlona) de la composición. La forma es para De Greiff un pretexto más para que esa Nadería llamada Poesía demuestre su astucia y se retuerza en sus guiños, bromas y travesuras eruditas. Todas sus

Musas, aun las urbanas, pueden identificarse con heroínas de la historia o figuras de la mitología, de Medea a María Estuardo.

*o ya, en sus muslos, hallé  
lauto refugio... —amor, más  
[fuerte obliga,  
si desdén manda y aunque  
[orgullo talle—;  
se me da toda si Eros la fustiga  
y en éxtasis, jadeante y al  
[ventalle  
tibio, en reposo, tras de la  
[fatiga...*

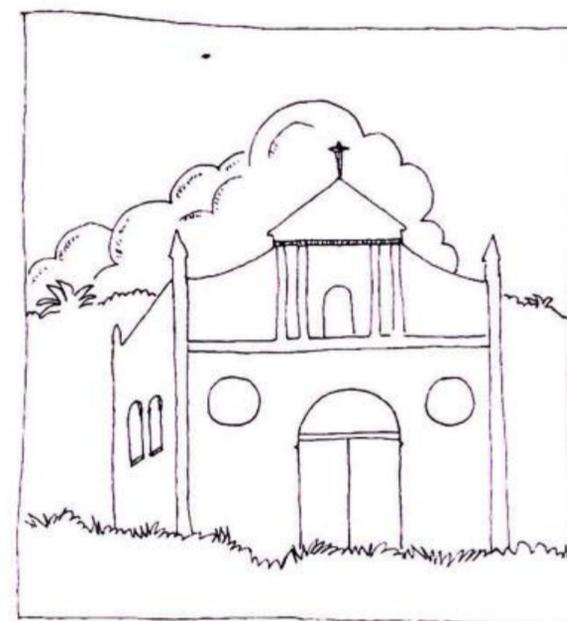
Todo un erudito anacronismo para transformar un coito actual en una unión legendaria.

Medieval, lector de don Luis de Góngora y Argote, modernista, sin lugar a dudas "a esa mujer en cuya boca / gusté —otoñal— la primavera", pero ante todo poeta-juglar incorregible, "de beber y soñar — pero nunca en jamás le saciar", que no cesa, que no cesa, en su afán de seguir e irrumpir, y con lo efímero erigir "perenne monumento". Así lo logra en su *Variación núm. 13*, en los números 22 y 23, noviembre 1958-febrero 1959, de Mito, a partir del tema "Venías de tan lejos que ya olvidé tu nombre". El nombre quizá, pero no el perfume:

*De tan lejos venías, venías de  
[tan cerca,  
que olvidé tu medusea cabellera  
[selvática!  
Más no tu selvuda aromática:  
nunca tu vellocino, tu toisón, mi  
[trofeo,  
donde aspirara todo la esencia  
[del Deseo:  
—yodos, sales, oceánicos, y el  
[mador de Afrodita.*

Debemos apelar al *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, el de 1970, donde aprenderemos que lauto, es un adjetivo poco usado, que se define como "rico, espléndido, opulento"; que toisón, viene del francés vellón, y es una insignia de una orden de caballería, "pieza en forma de eslabón, al que va unido un pedernal echando

llamas, del cual pende el vallón de un carnero; se pone con una cinta roja, y tiene un collar compuesto de eslabones y pedernales".



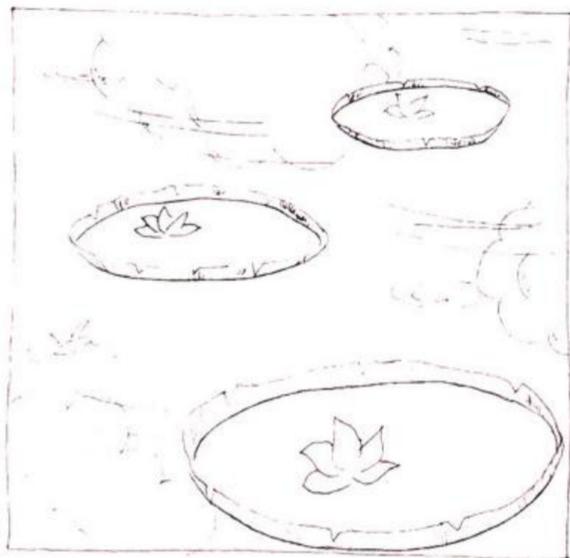
¿Es posible desatar una más febril cadena de asociaciones eróticas, para designar el cuerpo femenino y el sexo de la mujer? Difícilmente. Mientras Gaitán Durán, vía Octavio Paz, o Héctor Rojas Herazo, vía Pablo Neruda, buscaban con sus textos en Mito desnudar lo camuflado, y rescatar lo reprimido, León de Greiff se reía y creaba, en el asumido anacronismo, un enlace con lo mejor de la tradición en lengua española. La que va del Arcipreste de Hita a san Juan de la Cruz y Garcilaso. La voz de *La Celestina*, que Gaitán Durán estudia en un trabajo suyo publicado en Mito. El reconocimiento es aún mayor cuando nos preguntamos que es "mador", y vemos, sentimos, palpamos y aspiramos lo que León de Greiff señaló, de modo indirecto, como debe operar la poesía. "Mador: ligera humedad que cubre la superficie del cuerpo, sin llegar a ser verdadero sudor". Ese rocío, al alba o en la noche, que alivia o exalta el fatigado cuerpo humano. Aljófár, del árabe, la perla: "Perla de figura irregular y, comúnmente, pequeña. Cosa parecida al aljófár, como las gotas de rocío".

También Álvaro Mutis tiene algo que decirnos, original, imprevisto, pero ligado quizá a otra tradición —la que va de lo medieval, el Bosco

y las danzas de la muerte a Quevedo y Baudelaire— sobre ese mismo cuerpo. Y su estadía en hospitales de ultramar. El escenario puede ser nauseabundo y recargado pero excitante. Quien agoniza ansía una última cópula, una final urgencia entre la devoradora naturaleza tropical. La frialdad aséptica de las clínicas se reduce a pústulas y llagas, pero todo aquello que Gaitán, Sade y Georges Bataille exploraban acerca de cómo la muerte más deslumbrante es la del ahorcado, con el orgasmo postrero del último estertor (de ahí la mandrágora, flor que nace del semen, eyaculado al pie del patíbulo) pasaba de ser teoría intelectual y se convertía en Mutis en imagen renovada y eficaz.

*Al mediodía era frecuente el espectáculo de una mujer de carnes secas, ya sin pechos ni caderas, comida por el clima y el hambre, soportando el peso desordenado de un enfermo que rugía tiernamente como quien duerme una criatura.*

*Entonces, los olores giraban enloquecidos y siempre extraños al aroma almidonado y dulce de la cópula.*



En el mismo texto, “El hospital de la bahía”, incluido en el núm. 2 de Mito, Álvaro Mutis concluye así:

*Solía el enfermero —nunca le supimos el nombre y siempre lo llamábamos por el de su oficio— bautizar nuestros males con nom-*

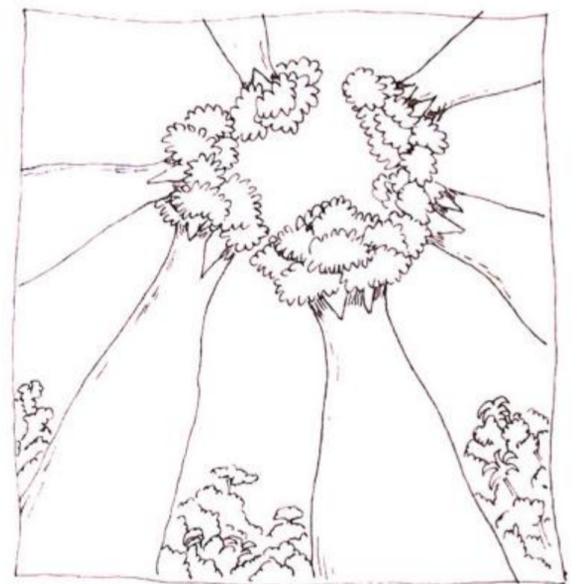
*bres de muchachas. Y mientras sus manos pacientes y amables cambiaban las sabanas, preguntaba por nuestra enfermedad como por una doncella que nos hubiera acompañado amorosa durante el largo y trabajoso trance de nuestras noches.*

*¡Ah esos nombres dichos de lecho en lecho como una letanía de lejanas memorias detenidas en el ebrio dintel de la infancia!*

El mundo que Mito nunca soslayó, el de la aberración jurídica y la desigualdad social, el de la prostitución y el desprecio machista al homosexual, el del atraso más que medieval, de un campesino boyacense que cerraba la vagina de su mujer con alambre de puas, el mundo de los guerrilleros liberales de los Llanos, traicionados, el mundo del padre Camilo Torres Restrepo, jovencísimo no llegaba a los treinta, entrevistado —y que apareció en cada uno de los documentos y testimonios que Mito publicó número tras número, podía encontrar un piadoso consuelo que alivia y enaltece toda tragedia, en la voz memoriosa de la poesía. Hasta su postrer número estarán presentes en Mito Jorge Guillén y Luis Cernuda, Jaime García Terrés y Tomás Segovia, Guillermo Sucre y José Manuel Caballero Bonald, Eduardo Carranza y Rogelio Echavarría juntos con los que hasta ahora hemos glosado. Quizá así haya que leer a Mito: una revista de poesía donde colaboraron narradores llamados Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio y Pedro Gómez Valderrama y Alejo Carpentier al proclamar que el futuro de América sería socialista en el primer congreso de intelectuales cubanos al inicio de la revolución, junto con Jorge Zalamea de quien Mito publicaría poemas, traducciones y sus “Antecedentes históricos de la Revolución cubana”. Sí, una memorable revista de poesía.

Hemos visto así, desde la poesía, desde el cine, la inteligencia reno-

vadora con que Mito desbroza un espacio propicio. Igual que sucedía con la novela. Desde el núm. 1, en una reseña sin firma sobre *La hojarasca* de García Márquez y que quisiera atribuir a Hernando Valencia, ya se habla de cómo el tiempo desmenuzando de la novela, en los tres personajes que la componen, “dentro del tiempo novelesco, el autor ha ido deshaciendo simultáneamente, con encarnizamiento, el tiempo humano”.



Se recalca también la atmósfera “sofocante y acre, candente y viscosa”, propia del trópico americano, y del acierto para mantener el equilibrio entre la visión individual y lo social. Concluye con un acertado diagnóstico: “*La hojarasca* nos ofrece el ejemplo de cómo una sensibilidad específicamente colombiana puede manifestarse a través de formas universales de expresión”.

En el núm. 7 se da noticia de una novela de Alejo Carpentier, *Los pasos perdidos*, traducida al francés y comentada por Alain Bosquet. Y en el núm. 8, junio-julio de 1956, Carlos Fuentes reseña y elogia a *Pedro Paramo* de Juan Rulfo, ¿Se necesita algo más? No creo. En todo caso, la “versión para adultos de la historia de Caperucita”, como llama con agudeza Pedro Gómez Valderrama a los dos capítulos de *Lolita* de Vladimir Nabokov que traduce y comenta, con erudición, en el núm. 24 (1959).

Y en el núm. 25, Hernando Valencia Goelkel traduce y prologa de

manera admirable, fragmentos de los tres volúmenes aparecidos hasta entonces de *El cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell, al cual, luego de reconocer la dicha de *Justine*, y esa feliz mezcla de razón y fatalidad, de atmósfera y rescate del recuerdo, le reprocha que "Durrell no ha podido escapar a dos deformaciones profesionales. Como diplomático, la afición por la intriga y los secretos; como escritor inglés, la debilidad por una trama policial". *El cuarteto de Alejandría* se va poblando de revelaciones extrínsecas al meollo del asunto "hechos nuevos, circunstancias que el novelista se había escondido en la manga".



Pero no sólo ellos, Nabokov y Durrell, también John Updike y Juan Goytisolo aparecen en la revista, como novelistas. Y Genet, Adamov, Ghelderode y Bertolt Brecht, presentado por Enrique Buenaventura, en el teatro.

El 26 de febrero de 1962, 65 ilustres colombianos, de Carlos Lleras a López Michelsen, firman una convocatoria para un homenaje a Jorge Gaitán Durán en el restaurante Breogan (Carrera 7 n.º 20-15, 2.º piso). De ellos sólo subsisten Belisario Betancur, Jorge Eliécer Ruiz, Antonio Montaña, Santiago García y Álvaro Castaño Castillo. El 21 de junio de 1962, moriría Jorge Gaitán Durán.

Pero Mito, hoy sigue siendo leída, como lo confirma este nuevo libro: Carlos Rivas Polo, *Revista Mito:*

*vigencia de un legado intelectual*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2010, 171 páginas con prólogo de Pablo Montoya.

En esta ecuánime y razonada tesis universitaria, ahora convertida en libro, el arquitecto Rivas Polo revisa todo el conjunto de antecedentes históricos y literarios que confluyeron en torno a la revista Mito.

Su principal objeción al material crítico leído es lo que él llama "la hipertrofia lírica" que lo aqueja. Refiriéndose a la prioridad que se asigna a sus poetas. Para bien o para mal, quienes hicieron Mito, empezando por su fundador y soporte financiero, Jorge Gaitán Durán, eran poetas. Poetas que también escribían ensayos, cuentos o diarios y más tarde novelas, como en el caso de Álvaro Mutis, Eduardo Cote Lamus, Fernando Charry Lara, Fernando Arbeláez y Héctor Rojas Herazo. Otro de los tópicos cuestionados por Rivas Polo es el tema de las generaciones y los grupos rotulados con membrete: La Gruta Simbólica, El Centenario, Los Nuevos, Piedra y Cielo, Cántica, Cuadernícolas. Es decir: el "uso indiscriminado del enfoque generacional" (pág. 36).

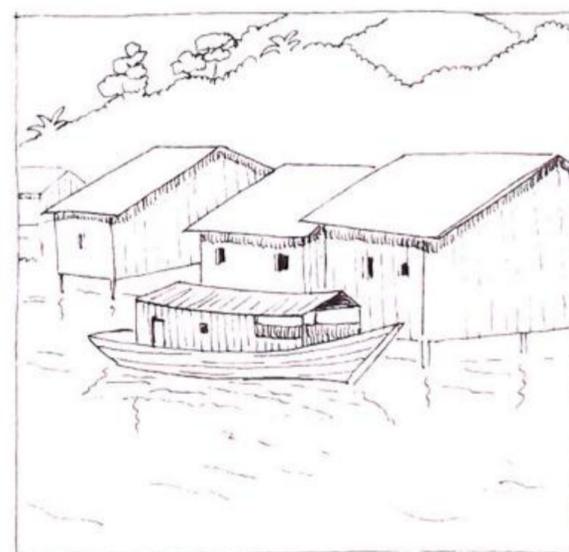
Lo que busca, entonces, es ampliar lo poético y lo generacional hacia un estudio más amplio del pensamiento colombiano, de sus relaciones con la sociedad y la literatura. Donde pensamiento significa "reflexiva actitud de autocuestionamiento y universalidad" (pág. 91).

Se topará su esfuerzo con barreras como el mimetismo anacrónico: cada invocación corresponde a una importación europea, trátase de la poesía pura y el surrealismo francés, trátase de la versión española, que arranca de Góngora y la generación española del 27 y la lectura de la célebre antología de Gerardo Diego. Debe también poner entre paréntesis otro viejo mito: la tradición humanista colombiana; y el tránsito de una república letrada a una república financiera, cuando, como lo puntualizó Rafael Maya con todas sus letras: "la arremetida del materialismo económico, del mercantilismo utilitario y del posi-

tivismo filosófico, desquiciaron los cimientos de la cultura cristiana que nos da razón de ser" (pág. 67).

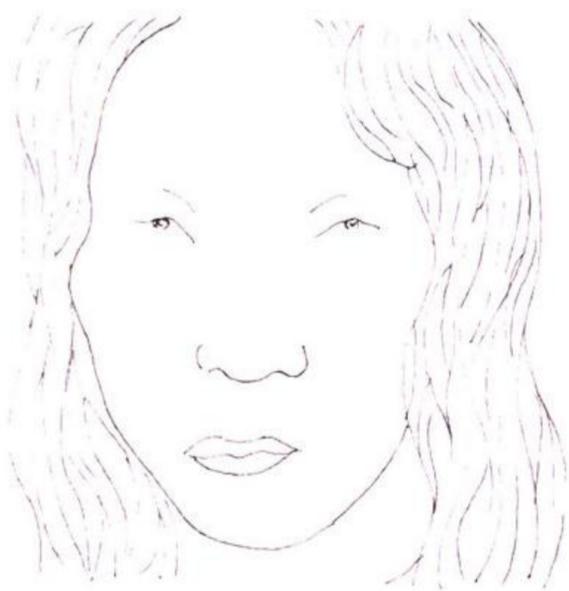
Pero Mito, más europeizante, más secular, más consciente de la autonomía de la obra de arte, pone en peligro la emotividad de una cultura apadrinada por la Iglesia y el Ejército, por los oradores y los defensores a ultranza de la moral del Concordato. Una mentalidad moderna en los mismos años del periodo presidencial de Laureano Gómez (1950-1951), Roberto Urdaneta Arbeláez (1951-1953), Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) y del Frente Nacional (1958-1974).

Se encuentran, en aquel tiempo, los miembros de Mito inmersos en la crisis mundial de valores, que expresa la filosofía existencial de Heidegger y Sartre, la cual convivía con la afirmación de una hispanidad mariana, y de una exaltación de lo popular convertido en folclor campesino en nuestro país. En donde el hábil primor de tantos sonetos de Piedra y Cielo no logró, en palabras de Fernando Charry Lara, que la poesía se volviera más poética, "sino apenas más ingeniosa".



Por ello, el trabajo de Rivas Polo reivindica, como debe ser, a figuras como Baldomero Sanín Cano y Jorge Zalamea Borda, en su revista *Crítica*, quincenario que combatió de 1948 a 1951. Y los aportes renovadores del grupo de Barranquilla, desde el periodismo en la costa Atlántica. Mito tenía antecedentes. No salió de la nada y abrió un nuevo espacio al incorporar en

sus páginas testimonios y traducciones, aportes de escritores latinoamericanos, debates sobre la situación colombiana, la violencia, y el inicio de la Revolución cubana; el número de homenaje a Jorge Luis Borges y notables textos de ficción de autores como Pedro Gómez Valderrama, Álvaro Cepeda Samudio y Gabriel García Márquez.



Mito, y este libro lo documenta de forma muy clara, debía combatir contra demasiados fantasmas muy reales. Por un lado, una izquierda representada por el profesor Darío Mesa, de la Universidad Nacional, que consideraba el auge del inglés en los programas de bachillerato, como un "acto de dominio imperialista sobre el país", que "amenaza destrozarnos las formas de nuestra cultura" (pág. 105). De otra parte, la derecha, sea civil o eclesiástica, vetaba la figura de Gerardo Molina como rector de la Universidad Libre y censuraba la presentación, en película, de la novela de Stendhal, *Rojo y negro*, por estar ella en el Índice vaticano y ser financiada por los comunistas. Tales exabruptos terminaban por pagarse con sangre. Un país en el que la pasión política, "revuelta con muerte y expoliación ya no tiene color político". Mito insertaba su propuesta, de una eficacia social de la inteligencia, y de una ética y una reflexión que serían su aporte decisivo a la vida social y cultural del país.

La emotividad y no la racionalidad, el peso de una tradición abru-

madora pero intrínsecamente débil, y esa actitud polémica con la que se busca descalificar al adversario con motivos ajenos al tema, trátese del color de la piel o la clase social, fueron puestos en duda por Mito. Ella apuntó a construir una reflexión cosmopolita, que no soslayaba su lugar de origen, Colombia, 1955-1962. Desde cuando en 1975 leí a Mito y prepare una antología de sus textos, con prólogo y cronología, que editó el Instituto Colombiano de Cultura en 422 páginas, dentro de su colección Autores nacionales, núm. 4, la fortuna de Mito no ha cesado: se la estudia y analiza, e incluso, como entonces, se polemiza sobre ella.

Ahora, cuando en septiembre de 2010 el XXVI Congreso Nacional de Lingüística, Literatura y Semiótica, organizado por el profesor Jesús Hernando Motato, en la Universidad Industrial de Santander, se constituyó en un homenaje a la "Generación de la revista Mito", bien vale la pena unir el hecho con la lectura de este libro, docto e informado, que resalta la importancia de Mito en forma clara e inteligente. Su lectura nos trae un pasado que puede parecer inverosímil en sus actitudes sectarias y contrasta con el afán inteligente, sensible y razonador con que Mito ejerció su tarea. Pero muchas de sus virtudes provienen de tener como paradigma poetas que pensaban con pasión y con tino: se llamaban Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y Octavio Paz. Los poetas leen con avidez y divulgan con entusiasmo; y los poetas de Mito, felizmente, se contagiaron con dichas virtudes.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

## Gómez Jattin, bajo el ala del albatros

La muerte prematura del poeta Raúl Gómez Jattin —sobrevvenida en Cartagena la mañana del 22 de

mayo de 1997—, así como las circunstancias trágicas de la misma, trazaron el arco que faltaba para completar el círculo de su leyenda.

El hecho, por tanto, como era de esperarse, hizo correr de inmediato por todo el país ríos de tinta alrededor de la singular figura de este hombre, cuya cabeza había acabado siendo nimbada, sin proponérselo ni pretenderlo él jamás, con la verlainiana aureola oscura de "poeta maldito".



En la corriente de aquel aluvión de páginas que arrastró su cadáver, junto a libros testimoniales, columnas de prensa, panegíricos a su personalidad, exaltaciones de su obra, perfiles, obituarios y algunos mea culpa, no faltaron, por supuesto, los versos, los inevitables poemas. Poemas de los más variados: elegíacos, celebratorios, algunos más sentidos que otros, unos afortunados, otros más lamentables que la propia desgracia que pretendían cantar.

(Esto último no era de extrañar en la tradición poética colombiana. Bastaría recordar que ya muchos años atrás, en 1896, la muerte igualmente trágica de otro poeta, José Asunción Silva —una figura asimismo envuelta en cierta niebla siniestra—, ocurrida de manera coincidental en otro mayo funesto, hizo que los mejores y los peores bardos de la época compusieran versos de todo signo al respecto. Entre los más famosos, hay que citar a Guillermo Valencia, quien escribió su elegante e intelectualizado